

Julio Moncada

Tres sonetos del día

I



TRAS quedó como la luz del día
anclado en la ribera de la tarde
su rostro puro de medalla antigua,
su fino rostro burilado y suave.

Bajo la Cruz del Sur está aguardando
algún silencio que en la noche cae
para coger mi voz que va pasando
por su tibio perfil de llanto y sangre.

Atrás quedó su rostro y su tristeza,
alza su voz dolida de atraparme,
bajo este día que acontece y pasa,

y es un dolor de siglos esa estrella
porque ya nunca más ha de encontrarse
junto a mi corazón su voz de brasa.

II

Adentro de mí mismo en un esfuerzo
prolongado de sal y de pobreza,
con el oído como nunca atento
para la ardiente voz de la miseria;

cuarto donde naufrago cada día;
donde la luz del tiempo se avergüenza
de entrar para gozar la cena fría
y el mendrugo de pan sobre la mesa.

¿Qué espero yo, qué espero que no sea
el paso sin rumor de la pobreza
sobre el mantel de hule desvahido?

Se va la miel y el zumo se lo lleva
en su blondas antenas una abeja
hacia un panal que nunca he conocido...

III

Y aquí, por fin. Buscando un aire claro
después que ya marché en la desventura
y la penumbra gris cogió mi canto
hasta tornar la voz firme y segura;

aquí, al fondo del día tibio y alto
puedo por fin, hablar de la ternura
porque conozco del secreto llanto
y del sabor sin luz de la amargura.

Porque mi mano se ha tornado clara
y mi conciencia se ha volcado pura
en el secreto corazón del hombre.

Hasta encontrar en él ardiente llama,
el edificio de su levadura,
y un Dios durmiente sobre su alma insomne.